



Los que han seguido de cerca la carrera deportiva de Jaime Nava de Olano (Madrid, 1983) y todos cuantos le rodean están más que acostumbrados a ver cómo, con recurrente frecuencia, luce en su cuerpo las heridas de guerra de una profesión, la de jugador de rugby, de la que ha hecho el motor de su vida. De entrada, uno podría sentirse intimidado ante sus facciones de tipo duro, acentuadas por los golpes, o la corpulencia de sus 110 kilos; pero, en las distancias cortas, su sonrisa pronto delata al tipo cercano y «optimista de más» que lleva dentro.

Aunque llegó relativamente tarde a esta práctica, enseguida demostró ser poseedor de buenas dotes para el trato con el oval. Formado en la cantera del Moraleja-Alcobendas Rugby Unión (una institución que desapareció pero de la que es heredera su actual equipo, el Alcobendas Rugby Club) compitió en sus categorías inferiores (cadete y juvenil) hasta que en la temporada 2001/2002 dio el salto a la primera plantilla, firmando su primer contrato semi-

profesional en un momento histórico para el rugby en España. Por entonces empezaba a gestarse por primera vez un proyecto de futuro para un deporte que, aunque contaba con muchos adeptos, no había disfrutado aún del apoyo institucional necesario para afrontar una profesionalización en condiciones. Sin saberlo, él también estaba haciendo historia.

En 2002 sería convocado para formar parte de la selección española en el enfrentamiento contra Holanda de la última jornada del torneo el 6 Naciones B. Aquel el 6 de abril nada le hacía pensar que un día llegaría a ser capitán y el segundo jugador con más internacionalidades de la historia del equipo nacional. Ya sea en Madrid, por tierras vallisoletanas o galas o en cualquiera de sus otras experiencias internacionales, Jaime ha trabajado por dignificar el rugby y desmitificar los estigmas que le rodean. Él no se cansa de repetir que, pese a las apariencias y sin negar la dureza, aquí de lo primero de lo que se habla es de valores.

Esos valores cultivados en el campo Nava los ha sabido trasladar también con naturalidad a la vida fuera del terreno de juego. El respeto por el rival lo traduce a un respeto sin fisuras por la persona, practicando el placaje por convencimiento a cualquier idea que atente contra su dignidad por cuestiones de género, condición sexual u otros condicionantes. La autodisciplina, que le ha hecho no tirar la toalla incluso en los momentos más difíciles, ha sido a su vez el acicate para seguir formándose en el aspecto académico, no solo en lo relativo a las ciencias de la actividad física y el deporte sino también en otros mundos que ahora le permiten abrir su abanico profesional a la consultoría o el coaching.

Le hemos conocido gritando de rabia y llorando de emoción en cuestión de segundos. Hemos llegado a verle incluso levantarse después de un golpe en el ojo y seguir la jugada con el párpado cerrado. Rendirse no es una palabra que aparezca en su diccionario vital. Aun cuando le han querido cortar las alas (y la injusta manera en que vio truncado el sueño de jugar este año el mundial fue quizá el mayor mazazo en su carrera deportiva) ha buscado siempre la forma de reponerse y reinventarse.

Ahora le vemos adentrarse en nuevos mundos, como el televisivo. Él se confiesa en un momento vital «esponja» y quiere seguir empapándose de nuevas experiencias. Promete seguir dando juego, sea cual sea el terreno.